

SAN SEBASTIAN DE LOS REYES* POR LOS CAMINOS DEL TIEMPO-TIEMPO

Por LUCAS G. CASTILLO LARA

La aventura fundacional

La ciudad se inicia un 6 de enero de 1585, en la acción y la voz de su Capitán fundador Sebastián Díaz de Alfaro. Traía en sus alforjas el deseo de los hombres de aquella hora, de cambiar la perspectiva de la aventura y remansarse en el hecho fundacional. Los años terribles de la conquista armada comenzaban a sedimentarse y a dejar su puesto al poblamiento. El caminar desaforado e inquieto de aquellos conquistadores, dando vueltas y revueltas por la desconocida tierra en pos de una aventura o un mito, se teñían ya de un estéril cansancio y renacía el afán del muro. El deseo de aposentarse sobre una fértil tierra labrantía, o construirse su muro amparador junto a la promesa de un nuevo y ahora permanente paisaje.

La vida normal de hogar, de trabajo y sudor, de mujer e hijo perpetuador de continuidad y retoño, toma otra vez su puesto. Les asoma el deseo de sentarse al socaire de los sueños y frente a los hijos, a contar los relatos de una historia que ya comenzaba a ser leyenda.

Allá en Occidente comienza más pronto la sedimentación, cuando el hombre se aferra a la tierra en función pobladora. En Oriente, en la parte de tierra firme, el asentamiento es más lento. Apenas Cumaná arañaba la costa, Cubagua se envolvía en un recuerdo de sal y Margarita iniciaba su destino insular. Por diversas causas el centro del país, y con él la región de Aragua y sus montañas aledañas, y los Valles de Caracas, Tuy y Barlovento con su espaldar cordillerano, se mantendrán intocados hasta mucho más tarde. El empeñoso afán fundador cumplido en Occidente, lo jalonaba la huella de varios pueblos tendidos en el interior. Coro, como un faro piloto marcaba el rumbo tierra adentro, en donde El Tocuyo se convierte en centro irradiador. Desde allí se devuelve la onda pobladora hacia el resto virgen del territorio.

Cuando esos asentamientos poblacionales remansan la sed trashumante de los hombres, al amparo del horcón y el barroso cañizo, se eslabona al fin el camino fundador hacia el Centro. Más acá de El Tocuyo y la meseta barquisimetana, abierta como siempre por cien caminos, y de Nirgua la inconquistable, se perfi-

* Discurso en el IV Centenario de la fundación de San Sebastián de los Reyes.

laba la Provincia de Tacarigua y con ella los Valles de Aragua. Más acá todavía, la inaccesible Caracas y sus impenetrables aledaños, que defendía el valor y la fiera de las huestes indígenas.

Inicia la aventura pobladora el célebre Capitán Don Juan de Villegas, y nace Borburata y más luego Nueva Valencia del Rey. Los intentos de proseguir la conquista hacia Caracas y sus regiones circunvecinas, se estrellan por un tiempo ante la resistencia indígena. Desde Margarita llega también a la costa de los Caracas el empuje poblador del Capitán Don Francisco Fajardo, el afamado mestizo margariteño montado a horcajadas entre el mundo indio y la vivencia blanca. Fue un intento fallido al cual se sucedieron otros fracasos conquistadores. Guaicaipuro reivindica para la tierra su altiva condición de libertad. Al fin se cumple el inevitable sino conquistador, y bajo la Capitanía incomparable de Diego de Losada nacia en 1567 Santiago de León de Caracas.

Los primeros tiempos de la ciudad son de un guerrear continuo contra las indómitas tribus indígenas, que la cercaban amenazantes. La férula conquistadora impone al fin su técnica y su fuerza, la sumisión de los naturales marca la pacificación de la tierra. Vencidos y subyugados, unos se someten y otros se esconden en las impenetrables montañas, o emigran hacia donde todavía no había llegado la onda conquistadora, pero el desarraigo de su habitat y las nuevas enfermedades, paulatinamente los irán aniquilando. Sin embargo, por los Valles del Tuy y Barlovento y las montañas espalderas que miran al llano, todavía continuaba la resistencia indígena, difícil de domeñar por lo impenetrable de los lugares.

Ya asentada con firmeza Santiago de León en su Valle de los Caracas, y convertida en asiento de los Gobernadores de la Provincia, se piensa entonces en continuar la acción conquistadora. Retoma su vigor la expansión caraqueña, que se proyecta en dos direcciones. Una hacia el Sur, por los Valles del Tuy medio y bajo, con sus montañas espalderas y más allá hacia los confines del llano inmenso y despoblado. La otra hacia el Este, a las Provincias de Píritu y Cumanagotos, en los límites con la Gobernación de Nueva Andalucía.

Los Valles del Tuy con su encrespada cordillera que mira al llano, y la adyacente región barloventeña, seguía siendo tierra enemiga y hostil. Y más hacia el Sur, hacia la inmensa llanura que demora al Orinoco, se extendía una ignota región llena de peligros y acechanzas. Era necesario, pues, establecer una avanzada en ese territorio, que no solamente sirviera para afianzar e irradiar el dominio conquistador, sino que sirviera de punto de apoyo y correspondencia en la insegura y peligrosa comunicación a Cumaná, que se realizaba por el piedemonte llanero.

Sebastián Díaz de Alfaro, el fundador

A principios de 1584 el gobernador de la Provincia de Venezuela, Don Luis de Rojas, encomendaba esa importante jornada al Capitán Sebastián Díaz de Alfaro. Era éste uno de los conquistadores que tenía mejor imagen entre sus con-

vecinos caraqueños, por su bondad, su carácter generoso y sus bien ganados méritos en esos años de ardua conquista. Sebastián Díaz de Alfaro pertenecía a la Casa de los Alfaro de la rama de Sevilla, y había nacido alrededor de 1533 en San Lúcar de Barrameda, la gaditana población que se anida junto a la desembocadura del Guadalquivir. Casó allí con Doña Marina Rodríguez de Ortega, también nativa de ese pueblo. Ambos esposos eran gente principal allá en su tierra, de solar conocido. Entre sus deudos se contaba en ese tiempo un Comisario del Santo Oficio de la Inquisición, y otros que servían en la casa del Duque de Medina Sidonia y habían sido honrados con diversos beneficios.

Allá en San Lúcar nacieron sus hijos Mateo y Ana de Alfaro. Luego, sin precisión de fecha, Sebastián Díaz de Alfaro se vino a la Gobernación de Venezuela y trajo consigo a su hijo Mateo, dejando allá a su esposa y a su hija de tierna edad. Ya asentado en la recién fundada Santiago de León, Díaz de Alfaro hizo venir de España a su esposa y a su hija Doña Ana, para lo cual envió su hijo Mateo a buscarlas. Ambos hijos contrajeron luego matrimonio en Caracas, Doña Ana con el Maestre de Campo Domingo Vera e Ibargoyen, de gran figuración en la conquista de Occidente y en Guayana. Y el Capitán Mateo Díaz de Alfaro, el compañero de su padre en muchas de sus correrías, casó con Doña Leonor Díaz de Rojas, hija del renombrado Capitán Alonso Díaz Moreno y de Doña Ana Gómez de Agüero y Rojas. Por esta vertiente fueron remotos abuelos del Libertador.

Hacia 1566 Sebastián Díaz de Alfaro estaba por Barquisimeto, y allí se alistó en la expedición del Capitán Diego de Losada, que con poderes del Gobernador Pedro Ponce de León iba a intentar la conquista de los Caracas. Para ese tiempo había alcanzado una regular posición, pues como él mismo afirmaba: "entre los soldados de la dicha conquista fui yo uno de ellos, a mi propia costa, con mis armas y caballos y mucha cantidad de ganado ovejuno y particular hacienda y caudal, con lo cual socorrí muchos soldados menesterosos y pobres de los que conmigo entraron en la dicha jornada" (A.G.I. Escribanía de Cámara. Legajo 658-A. Ramo 4. Pieza Primera, f. 28).

Díaz de Alfaro fue uno de los 136 compañeros de Losada en esa famosa expedición, que culmina en la fundación de Santiago de León de Caracas en 1567. En esa jornada fue uno de los más aventajados soldados, y sus servicios fueron de gran valor y utilidad para el éxito de esa conquista. Después de la fundación de San Sebastián de los Reyes el Capitán Díaz de Alfaro se reintegró a Caracas, en donde ocupó diversos cargos honoríficos y de responsabilidad. Cargado de merecimientos y rodeado del aprecio ciudadano, Díaz de Alfaro fallecía a fines de 1606.

A pesar de que llegó a ostentar una destacada posición económica, debido a su amplia generosidad con propios y extraños, ya en años ancianos se encontraba en la mayor pobreza, y solicitaba ciertas mercedes para dotar a sus nietas huérfanas. Sobre esta condición desprendida y generosa del Capitán Díaz de Alfaro se hacían lenguas sus convecinos, que alababan sin reserva su ayuda y socorro a mucha gente pobre, sobre todo a los de San Sebastián, que lo tenían por su padre.

El inicio de la jornada pobladora

Después de la Capitulación con el Gobernador Don Luis de Rojas, el 21 de abril de 1584, el Capitán Sebastián Díaz de Alfaro levantó bandera y pregonó su expedición en Santiago de León de Caracas. Aunque no era hombre de muchas posibilidades económicas, basado en su simpatía y bondad natural logró reunir en poco tiempo un cierto número de soldados, 65 para ser exactos. A ello agregó un numeroso concurso de indios de sus propias encomiendas y de personas amigas, unas con aptitudes guerreras y otros de porteadores y servicio. En el avío de toda esa gente para la jornada y en proveerla de arreos, caballos, mosquetes, arcabuces, pólvora y otras cosas necesarias, así como pagarles sus deudas a algunos y suministrarles dinero, invirtió cerca de 5.000 ducados. En esos preparativos y alistamientos insumió cerca de seis meses.

Aprontada la gente y listas todas las demás prevenciones, al fin la expedición se puso en marcha. Al decir del Escribano salió de la ciudad con bandera alta, caja de guerra y copia de soldados españoles, y fue a las Sabanetas de Ocumare en donde se juntó todo el campo. Desde allí el Capitán Sebastián Díaz se dedicó a apaciguar a los indios Tomusas, Aruacos y Quiriquires, procurando dejasen las armas y saliesen en paz.

En la estrategia del Capitán Díaz de Alfaro estaba en primer lugar, esa actitud pacificadora con los indios de esas regiones. Hasta entonces la conquista los había quebrantado pero no subyugado, y mantenían intacta su resistencia y fiereza. Los Quiriquires aventados hacia los montes, vivían dispersos en aquellas intrincadas serranías espalderas de los Valles del Tuy y en los piedemontes llaneros. Los Tomusas se abroquelaban en las selvas barloventeñas y las abruptas montañas de esa Cordillera Sur.

El 17 de octubre de ese año 84 la expedición partió de las Sabanetas de Ocumare, y un mes más tarde, sin precisión de fecha, Díaz de Alfaro fundaba la ciudad de San Juan de la Paz en tierras de los Tomusas. Su ubicación fue en las riberas del río Tuy, 4 leguas más abajo de la unión con el Guaire, posiblemente en las cercanías de la actual población de Aragiüta. A pesar de que allí se descubrieron las celebradas minas de Apa y Carapa, en donde se sacó cantidad de oro, la ciudad de San Juan de la Paz tuvo una vida efímera y al poco tiempo desaparecía. Sus términos jurisdiccionales se subsumieron luego en los de San Sebastián.

Después de la fundación de San Juan de la Paz, a la cual asignó 30 vecinos, el Capitán Sebastián Díaz de Alfaro continuó a toda prisa su expedición. Tramontó las fragosas montañas espalderas y atravesando ásperas selvas y ríos fue a salir a los llanos, a la provincia de los Quiriquires y Aruacos. Y en un valle que denominó Buena Vista, en las cercanías de Conoropa, Orituco y el Memo, encontró lugar apropiado para fundar, en el sitio de Curabe.

La solemne fundación

El día 6 de enero de 1585, un día de los Reyes Magos, hace 400 años, el Capitán Sebastián Díaz de Alfaro fundaba esta ciudad de San Sebastián de los Reyes. Los nombres se unieron para bautizar la prosapia de su abolengo. San Sebastián, por el Díaz Alfaro de San Lúcar de Barrameda; y de los Reyes, por el día de la Virgen o por los Magos de Oriente.

Los formalismos rituales de la fundación se cumplieron dentro de la más añeja tradición, los cuales quedaron consignados en el Acta del Escribano Alonso García de Pineda. San Sebastián de los Reyes es una de las pocas ciudades venezolanas, que conserva su fundación debidamente documentada.

Como reza su Acta fundacional, estando ese día 6 de enero en las riberas del Valle de Buena Vista, Provincias de los Quiriquires y Aruacos, Gobernación de Venezuela, Tierra Firme de las Indias del Mar Océano, el Ilustre Señor Sebastián Díaz, Capitán por Su Majestad y Teniente de General de las dichas provincias, por el Muy Ilustre Señor Don Luis de Rojas, Gobernador y Capitán General de la dicha Gobernación, y usando de sus poderes dijo, que aquel era un sitio cómodo, bueno y aparejado para poblar la ciudad. “Por tanto, que en nombre de la Majestad Real del Rey Don Felipe II, Nuestro Señor, poblaba y pobló en el dicho nombre y en este dicho asiento una ciudad, a la cual ponía por nombre la ciudad de San Sebastián de los Reyes, y a la advocación de la Iglesia Santa María de los Reyes, por ser poblada en el día de la festividad de los Reyes”.

Le fijó luego sus términos a la ciudad, que al unírsele luego los de San Juan de la Paz constituyeron su inmensa jurisdicción ciudadana, que abarcaba desde el río Tuy al Orinoco, y desde el Unare al Tiznados y Portuguesa.

“Y en señal de posesión de la dicha población y términos que le tiene señalado, continuaba el Acta, estando Martín Alfonso Alférez de este Campo con la bandera en la mano levantada en alto, y el dicho Capitán subido a caballo, armado de todas armas, y la espada desnuda en la mano, estando congregada la mayor parte de la gente que con Su Merced vino a la dicha población y conquista en la plaza de dicha ciudad, hizo levantar y poner una picota de palo para ejecución de la Real Justicia, en la cual dio tres cuchilladas diciendo a altas e inteligibles voces, que todos los circunstantes las pudieron muy bien oír, si había alguna persona o personas de cualesquiera estado o condición que fueren, así naturales de dichas provincias como fuera de ellas, que contradijesen la dicha población que en nombre de Su Majestad hacía, que Su Merced en el dicho Real nombre se lo defendería, a pie o a caballo, armado o desarmado, como leal vasallo de Su Majestad; y no hubo persona ninguna natural de las dichas provincias ni fuera de ellas que contradijera la dicha población; y así quedó en posesión quieta y pacíficamente de la dicha ciudad sin contradicción alguna, de lo cual yo el dicho Escribano doy fe” (A.G. de la N. Diversos. Tomo XXXVI, N° 10).

En ese mismo acto nombró el Cabildo, se demarcó el lugar de la plaza, las Casas Consistoriales, los solares de los vecinos y el sitio de la Iglesia, en donde

se clavó una cruz y arrodillados todos hicieron oración. El Pbro. Alonso López de San Martín, Capellán de la expedición y primer Cura de San Sebastián de los Reyes, celebró una Misa en acción de gracias.

Un destino itinerante y peregrino

Nacía así la ciudad de San Sebastián de los Reyes. La primera población que se fundó en lo que hoy son los Estados Aragua, Guárico, Miranda y Cojedes, y también la única que ostentó el título y la dignidad de Ciudad. Todas las otras poblaciones de esa región tienen un nacimiento más humilde, para luego desarrollarse con pujanza. Esa asignación de ciudad representaba una suma grande de privilegios y atributos, sobre todo en el orden jurídico y administrativo. Le daba una jurisdicción propia, y un Cabildo que regía la república y velaba sobre el común, que legislaba sobre determinadas materias, y elegía dos Alcaldes cadañeros que impartían la Justicia.

Pero bien mirado, en ese momento inicial San Sebastián era una pobre ciudad, o mejor una miserable aldea de calles de tierra que demarcaban el caminar de los hombres. Las casas eran pocas, y se podía contar de una sola ojeada a los techos pajizos y a los horcones al aire, que todavía no tapaba el embarrado.

Eran treinta y cinco vecinos encomenderos y otros pocos más que se agregaron, pero las casas no alcanzaban a esa suma. Algunos carecían de fe en la nueva ciudad y estaban renuentes a fabricar su morada; otros se marcharon en busca de aventuras o se regresaron al refugio de Caracas. Pero los que se quedaron, esos que se cobijaban en aquella pobre notación urbana, se aferraron definitivamente a la ciudad y la construyeron a puro esfuerzo y lucha pertinaz.

En aquel primer momento fundacional, los podemos visualizar con la imaginación en aquel selvático lugar. Los ranchos hechos de prisa, rústicos caneyes cubiertos de paja o palma que debía abundar en la cercana montaña. Alineados al borde de un trazo de calle, en donde el monte no lo había consumido las pisadas. Un cuadrado grande que se llamaba plaza, inculto y apenas desbrozado. A su frente la iglesia, un caney mayor que los otros, aderezado apenas con unas endebles paredes de barro empañetado al cañizo amarrado de bejucos.

Esa era la ciudad, y en ella aquellos hombres que se movían entre luces y sombras en busca de un futuro.

Pero la ciudad tenía encima un destino itinerante y peregrino. Por casi un siglo la ciudad inquieta caminará a hombros de sus hijos, que no le dejarán sentir el calor de muro ni la tradición de hogar. De un lado al otro, vacilante, cojitranca como los horcones clavados a prisa, con el "porsiacaso a cuestras rumiando desventuras". De asiento en asiento y sin solución de continuidad, irá trashumante en busca del cobijo definitivo. De Buena Vista, Curabe o Cinalle a Taguay; a Las Estacas frente al río Guárico; al sitio de Cagua en la vecindad de Valle Morín de San Casimiro. En un momento determinado se piensa llevarla cerca del actual Carmen de Cura y también al Chaparral de Suata junto a Par-

dillal. Así, hasta asomarse a esta sabana alta y rinconera del Caramacate y el Guárico.

Aquí, en un día de trescientos y más años atrás, llegó la ciudad a hombros de sus hombres. Venía cansina y enflaquecida de tanto traficar desesperanzas. De tanto tender su colcha de calles y plazas sobre la tierra esquiva, y de tanto enrollarla y volvérsela a echar al hombro en busca de nuevos horizontes. Pero tenía intacta su fe y su voluntad de pervivir, y aquí se quedó, un día de abril de 1676. Se remansa junto a los ríos custodios y por boca de su Cabildo les dice que ya no se moverá más, y sus hijos se aferraron a este pedazo de tierra generosa. Dios le había señalado este sitio y la Caridad se lo confirmó. Aquí permanece soñando con la fuga menuda del tiempo, que a veces parece detenerse en su limpia estampa pueblerina.

Pero si la ciudad no se movió más, adentro le quedaba un regusto de caminos y de su seno le fueron brotando pueblos que cubrieron la vasta geografía de su inmenso territorio. En cada pueblo que le nacía se le iba también una parte de sus propios hijos, que continuaban la itinerante aventura de sus antepasados. De tanto entregar su entraña se fue adelgazando, adelgazando, hasta convertirse en una veneranda silueta acurrucada en su rincón hogareño del Caramacate.

Su estampa lírica

La ciudad se fue construyendo pedacito a pedazo, no sólo en su dimensión material sino en el enhebrar de su espíritu, hasta darse una fisonomía propia. Creció lenta, como ese tiempo lento que iba haciendo su gente al hacer su historia. Una casa o una calle al compás de muchos años. Un sueño o una esperanza podía llevarse toda una generación. Así se fue haciendo su historia, sencilla y modesta como la fe y el coraje de sus hombres, sin que la alumbrasen grandes hazañas ni ribetes heroicos, si es que sobrevivir con dignidad por 400 años no es ya una inmensa hazaña heroica.

Anidado en árboles de ausencia, el pueblo nos habla nostálgico de lo que fue y ya no es, de lo que pudo y deberá ser. ¡Qué calle tan solitaria para contarme un silencio! ¡Y qué ventana de soledad para enredarme en su ausencia! Uno termina por acogerse a esos aleros de sombra, que recortan sus encajes de tiempo ido en las paredes desteñidas, viendo caer la tarde en ese pueblo íntimo que se perdió en la noche.

Es la misma lírica nostalgia, que se asoma en algunos de esos exquisitos poemas de nuestro gran poeta Miguel Ramón Utrera, el ilustre sansebastianero a quien hoy rindo fraternal homenaje de admiración y cariño. Como en este verso de una de las Estancias de su "Nocturnal": "En la despierta orilla de la noche/ volcó la sombra su pesado sueño;/ y el árbol de la ausencia sus rumores/ sobre la grave soledad del pueblo/".

La estampa adormecida de añoranzas se queda en el ayer, hoy el pueblo continúa con renovado vigor su caminar de historia. El destino cuatricentenario del

pueblo se adhiere a nosotros y nos consustancia con esos muros ardidos de sol y cal, transidos de silenciosa blancura. Las rectas calles en donde hubo un adoquinado de viejas piedras, se alargan y destrenzan por todos lados y el pueblo crece más allá de su recinto tradicional. Las casas se estiran por la sabana y se abajan por la barranca del río. Las torres de sus Iglesias se empinan alegres sobre los tejados verticales. Entre la Parroquial y la Caridad sigue el diálogo de campanas mañaneras, contando los chismes que la brisa dejó enredados en los altos campanarios.

La devocionada gratitud

Pero la ciudad es mucho más que esas calles y casas, iglesias y plazas. Lo fundamental es el hombre que le da continuidad a su vivir. Y no es uno y otro, son todos los que se nombran y los que se callan, los grandes y los pequeños, los de nombradía o anonimia. Es el rostro innominado del pueblo con sus mil caras y sus mil nombres. Son aquellos hombres a quienes San Sebastián debe una devocionada gratitud, porque le entregaron su esfuerzo y su lealtad para que la ciudad existiese y permaneciera. Es el Capitán Sebastián Díaz de Alfaro, a quien debe reverenciarse no sólo como fundador sino por su desvelada solicitud, que la protegió en los primeros años de su vivir. Son también Mateo Díaz de Alfaro, sostén fiel de su padre y de la ciudad en esa hora inicial. Alonso Andrea de Ledesma el mozo, quien la ayudó a subsistir en su asiento de Taguay. Francisco de Brea Lezama, que la sostuvo en sus precarios asientos de Las Estacas y Cagua. Bartolomé Lineros de Leis, el conductor en su último asiento del Caramacate.

Es la Iglesia que enciende la fe del pueblo y cumple en San Sebastián un papel fundamental, igual al desempeñado en otras poblaciones de la Venezuela colonial. Sin su presencia y su aliento, la ciudad hubiese muerto en cualquier recodo de su andante camino, deshilachada entre una mudanza y la otra. En ella actuaron varios ilustres sacerdotes nativos de esta tierra, entre otros los Padres Amaro Juan Sarmiento, Gerónimo de Rebolledo, Blas Arráz de Mendoza, Rector de la Universidad, Miguel de Ledesma, Cristóbal de Mesones y José Manuel Belisario, que fundó aquí una Cátedra de Gramática y un Hospicio para mujeres.

San Sebastián es la Virgen de la Caridad, a quien todos los sansebastianeros por el nacimiento, la sangre o el cariño conocen, aman y profesan una tierna devoción. Todos tenemos arraigada adentro su dulce imagen, guardada celosamente por los muros de esta contigua Ermita, que se alza señera en esta rinconera esquina de la plaza. Son innumerables las angustias que ante ella encontraron un cauce de fe, e incontables las lágrimas que velaron la limpidez de la mañana, para recobrar de nuevo el sol en sus ojos maternos.

San Sebastián es fundamentalmente su Cabildo, que encarnó el corazón y la voluntad de pervivir y mantener la ciudad. El fue el elemento cohesionador, a cuyo rededor giró el quehacer ciudadano. Su papel fue decisivo, como aglutinante de voluntades en la creación de una conciencia unitaria del común, y en man-

tener con dignidad el espíritu del pueblo. Por eso causa un doloroso estupor, que a 400 años de su erección y con una tradición tan honrosa y fecunda, pueda verse amenazada su existencia.

La ciudad son esos hombres, que cuando los tiempos estuvieron maduros reventaron su grito de libertad. San Sebastián no estuvo en la primera línea de la lucha independentista, pero tampoco puede desconocerse su aporte. Lo dio calladamente, como otros pueblos, sin grandes ribetes heroicos. Sangre de sus hijos y cal de sus huesos están regados anónimamente por mil caminos venezolanos. No tuvo la fortuna de haber dado grandes figuras a la epopeya, pero luz de sus hijos también destella en los cielos de la Patria. Aun cuando no sean estrellas de primera magnitud, sí encienden la inmensa luminaria heroica de la Patria. Muchos nombres no los recoge la historia, pero aquí están los de dos sansebastianeros Próceres de la Independencia, que se salvaron de la anonimidad: el Teniente Francisco Muñoz y el Capitán Francisco Antonio Lorca. Sus nombres y su ejemplo, deben servir de enseñanza y orgullo a esta cuatricentaria ciudad. Son también esas otras figuras guerreras del pasado siglo, de recio temple y valor, como los Generales Wenceslao Casado y José Antonio Lara, que dejaron limpias ejecutorias.

San Sebastián es la semilla de cultura aquí sembrada, que un día permitió que en ese pasado colonial sus vecinos representaran con lucimiento Comedias del teatro de oro español. Es la celeste llama, que andando el tiempo encendió y sigue encendiendo a sus poetas, escritores, artistas e intelectuales. Apenas algunos nombres para el recuerdo agradecido: Rafael Briceño Ortega, Elina Cabrera de Sosa, José María Durán, Rafael Escobar Lara, Eliseo Acosta, Félix Antonio Saa, Diego García Valera, los Valero Lara, Josefa de Alvarez, J. R. Viana, Andrés Rodríguez, Ismael Puerta Flores, Pedro José Lara Peña, Augusto Germán Orihuela, Miguel Ramón Utrera, y tantos otros que se hace imposible el nombrarlos.

La memoria de San Sebastián debe conservar todos esos nombres, para el permanente homenaje a su acción bienhechora y al lustre de la ciudad. También deben estar presentes en la evocación agradecida las huellas de muchos otros hombres, conocidos unos, anónimos los más, que se sembraron como cimientos, como piedras sillares o simples ladrillos para edificar la amada ciudad.

La mirada generosa de Dios

Encaramada en su atalaya cuatricentaria, la ciudad puede mirar con orgullo hacia adelante, afincada en su historia llena de fe y coraje, y en su voluntad tenaz de ser y existir. San Sebastián viene por la sangre henchida de su historia, que corre tumultuosa o se remansa humilde en el corazón del pueblo. Desde la hondura de sus olvidados lejos, recogemos el grito austero de esta ciudad, que clama por su partecita digna en la historia nacional.

En esos cuatrocientos años de la existencia de San Sebastián, ha estado presente siempre la mirada generosa de Dios, raíz y fin de todo. Ya lo reconocía el Salmista: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabaja el obrero; si el Señor

no protege la ciudad, en vano vigila el centinela” (Salmo 126). Por eso en esta fecha cuatro veces centenaria, lo volvemos a invocar sobre la ciudad en las palabras del Salterio: “Salva a tu pueblo, Señor, bendice tu herencia. Sé su Pastor y condúcenos por siempre”.

¡San Sebastián de los Reyes! Acércate quedo al pecho y cuéntanos tus pesares, crucifica tus silencios y entrega tus soledades. Mas no hables sólo tus penas, dí también tus alegrías. Esa honda paz que te acerca la humildad de tu sonrisa. Deja de lado las angustias, vuelve en risa las lágrimas y aclara tus voces mustias, porque viene el Alba, ¡Madre!